

Las perversiones con menores

Por ENRIQUE GUARNER

LOS apetitos y deseos eróticos son susceptibles de asumir formas extrañas, a las que conocemos como aberraciones o alteraciones sexuales. En un artículo anterior me ocupé del anhelo de hacer sufrir al compañero o, por el contrario, de ser humillado. A estas alteraciones las conocemos como sadismo y masoquismo. Igualmente existen personas en las cuales no es el contenido de la actividad sexual la que se cambia, sino el objeto que dará la satisfacción, buscándose exclusivamente alguien que pertenezca al mismo género. En estos casos hablamos de homosexualidad, la cual, como vimos, puede darse tanto en el hombre como en la mujer.

En otros casos se presenta el deseo de mirar cuerpos desnudos o de presenciar el acto sexual ajeno, a lo que conocemos con el nombre de voyeurismo o escopofilia. En algunas ocasiones observamos personas que muestran sin recato sus genitales y denominamos a quienes lo realizan como exhibicionistas. Puede ocurrir que el objeto sexual sea un animal y entonces nos enfrentamos con un caso de zoofilia.

El fetichismo fue un término introducido a la psiquiatría por Alfredo Binet, quien en su libro *Les alterations de la personnalité*, publicado en 1892, designaba así a una forma de desviación sexual en la que el deseo erótico se halla unido a un elemento que simboliza al objeto de su amor. En el fetichismo el orgasmo puede obtenerse mediante la vista, el contacto directo o la posesión de un elemento que no es indispensablemente de carácter genital. Puede tratarse de una parte del cuerpo humano como el cabello, una mano o un pie. A veces lo que sucede es que la fijación se coloca en un artículo de la indumentaria como un zapato, las pieles, o algo más íntimo como una media o la ropa interior.

Los fetichistas patológicos solamente pueden llegar al orgasmo cuando están en presencia del objeto elegido y en situaciones específicas. Muy en el fondo esta fijación representa un deseo de resolver conflictos sexuales de origen infantil. Este intento de solución no da resultados, sino que actúa simplemente como un medio para aliviar los impulsos.

Freud fue el primero en sostener que el fetichismo, así como la mayoría de las perversiones sexuales son componentes normales de la vida de los adultos. Invariablemente la selección del objeto erótico está determinada por una multitud de fetiches. Es por ello que la pareja sexual que elegimos debe poseer una estatura determinada, un color preciso de cabello y su voz y gestos nos serán conocidos de acuerdo con el pasado que hayamos vivido. Todo esto se produce por las primeras impresiones recibidas y de conformidad al complejo de Fdipo.

Decimos que el fetichismo se torna patológico cuando el objeto desplaza toda la energía sexual y se vuelve el único elemento erótico. En tales circunstancias puede disminuir el deseo del coito y la masturbación se vuelve la única fuerza operante. Para el fetichista la pareja es únicamente un incidente y el placer se concentra en el propio cuerpo. Pasaré a continuación a describir la aberración sexual más peligrosa y que es la que practican ciertos adultos con menores.

verdadero nombre, que es algo así como Tatzio, o Tadzio. Sin embargo, la obsesión se vuelve tan patente que visita la playa con frecuencia, lo sigue en góndola por los canales de Venecia y su existencia entera gira en torno de él. Aschenbach llega al ridículo de teñirse el cabello y maquillarse la cara para parecerle más joven y atractivo.

Una epidemia de peste se declara en Venecia y aunque el escritor es un hipocondriaco que siempre temió a las enfermedades, decide arrastrarla fascinado por su ídolo imposible, muriendo en la playa, mientras la familia polaca abandona el país.

Esta bellísima novela de Thomas Mann nos presenta un caso de pedofilia no culminada. Las personas que sufren esta aberración —generalmente hombres adultos— tratan casi siempre de ejecutar el acto sexual con menores. A veces logran el contacto anal o el orgasmo oral, pero también buscan la manipulación de tipo masturbatorio. Muchas gentes que sufren de pedofilia llegan hasta a utilizar la fuerza para someter a sus víctimas.

La mayoría de estas personas están afligidas por angustia en relación con su potencia sexual. Al igual que los violadores, ellos no son hipersexuales, sino que sus impulsos se han distorsionado en cuanto a la dirección que debieron tomar, porque en el fondo padecen de sentimientos de inferioridad y un objeto erótico adulto representa un desafío inalcanzable. La búsqueda de alguien que se encuentre antes de la pubertad previene el que la deficiencia se haga obvia. Sería algo así como que el objeto infantil los salva del desequilibrio mental.

Los que sufren de pedofilia podrían clasificarse en dos grandes grupos, con leves diferencias psicológicas: los que oscilan entre los treinta y cuarenta años, que frecuentemente se sienten rechazados por las mujeres. Muchos son personalidades tímidas o esquizoides que viven una vida solitaria y aislada. El contacto con niños satisface sus necesidades sexuales sin el riesgo de enfrentarse con una verdadera mujer y mostrar su impotencia. Es común que hasta hayan conocido a sus víctimas antes de atacarla sexualmente.

El grupo de personas que padecen de pedofilia y que sobrepasa la edad de cincuenta años está formado por casos límite o psicóticos con fuertes tendencias homosexuales. El lugar de aceptar su inversión y vivir en ella seducen a menores. La inmensa mayoría son impotentes y tratan artificialmente de cubrir la realidad, pero aún enfrentándose a los niños tiene dificultades para mantener la erección. Algunos hasta están casados pero llevan muchos años sin verificar el coito con la esposa. No es raro que actúen con los niños durante episodios de ebriedad en que sus mecanismos defensivos dejan salir los verdaderos impulsos.

La pedofilia debe considerarse como una de las mayores perversiones, dado que quien la practica ocasiona experiencias traumáticas en niños. Desafortunadamente en México no se reportan los casos y como la mayoría de las autoridades son corruptas, aquellos que deberían ser condenados, si tienen influencia o recursos económicos, salen absueltos.



A través de
brillantes y
fascinantes
páginas,
descubra
el sofisticado
mundo de la
moda, belleza,

La pedofilia

En «Muerte en Venecia», novela corta escrita por Thomas Mann en 1911, se nos presenta al eminente escritor cincuentón Gustavo Aschenbach, quien agotado por su intensa labor intelectual y aquejado por su neurosis decide tomar unas vacaciones en la preciosa ciudad del Adriático. Una vez allí se aloja en el hotel del Lido, donde el primer día tropiezan sus ojos con un adolescente que a partir de ese momento pasa a ocupar todos sus pensamientos. Se trata de un guapo muchacho polaco de unos trece años al que acompañan su madre, tres hermanas y una institutriz.

A lo largo de la novela Aschenbach no llega casi a dirigirle la palabra, ni siquiera averigua con exactitud su

Las perversiones con menores

Por ENRIQUE GUARNER

LOS apetitos y deseos eróticos son susceptibles de asumir formas extrañas, a las que conocemos como aberraciones o alteraciones sexuales. En un artículo anterior me ocupé del anhelo de hacer sufrir al compañero o, por el contrario, de ser humillado. A estas alteraciones las conocemos como sadismo y masoquismo. Igualmente existen personas en las cuales no es el contenido de la actividad sexual la que se cambia, sino el objeto que dará la satisfacción, buscándose exclusivamente alguien que pertenezca al mismo género. En estos casos hablamos de homosexualidad, la cual, como vimos, puede darse tanto en el hombre como en la mujer.

En otros casos se presenta el deseo de mirar cuerpos desnudos o de presenciar el acto sexual ajeno, a lo que conocemos con el nombre de voyeurismo o escopofilia. En algunas ocasiones observamos personas que muestran sin recato sus genitales y denominamos a quienes lo realizan como exhibicionistas. Puede ocurrir que el objeto sexual sea un animal y entonces nos enfrentamos con un caso de zoofilia.

El fetichismo fue un término introducido a la psiquiatría por Alfredo Binet, quien en su libro *Les alterations de la personnalité*, publicado en 1892, designaba así a una forma de desviación sexual en la que el deseo erótico se halla unido a un elemento que simboliza al objeto de su amor. En el fetichismo el orgasmo puede obtenerse mediante la vista, el contacto directo o la posesión de un elemento que no es indispensablemente de carácter genital. Puede tratarse de una parte del cuerpo humano como el cabello, una mano o un pie. A veces lo que sucede es que la fijación se coloca en un artículo de la indumentaria como un zapato, las pieles, o algo más íntimo como una media o la ropa interior.

Los fetichistas patológicos solamente pueden llegar al orgasmo cuando están en presencia del objeto elegido y en situaciones específicas. Muy en el fondo esta fijación representa un deseo de resolver conflictos sexuales de origen infantil. Este intento de solución no da resultados, sino que actúa simplemente como un medio para aliviar los impulsos.

Freud fue el primero en sostener que el fetichismo, así como la mayoría de las perversiones sexuales son componentes normales de la vida de los adultos. Invariablemente la selección del objeto erótico está determinada por una multitud de fetiches. Es por ello que la pareja sexual que elegimos debe poseer una estatura determinada, un color preciso de cabello y su voz y gestos nos serán conocidos de acuerdo con el pasado que hayamos vivido. Todo esto se produce por las primeras impresiones recibidas y de conformidad al complejo de Fídipo.

Decimos que el fetichismo se torna patológico cuando el objeto desplaza toda la energía sexual y se vuelve el único elemento erótico. En tales circunstancias puede disminuir el deseo del coito y la masturbación se vuelve la única fuerza operante. Para el fetichista la pareja es únicamente un incidente y el placer se concentra en el propio cuerpo. Pasaré a continuación a describir la aberración sexual más peligrosa y que es la que practican ciertos adultos con menores.

La pedofilia

En «Muerte en Venecia», novela corta escrita por Thomas Mann en 1911, se nos presenta al eminente escritor cincuentón Gustavo Aschenbach, quien agotado por su intensa labor intelectual y aquejado por su neurosis decide tomar unas vacaciones en la preciosa ciudad del Adriático. Una vez allí se aloja en el hotel del Lido, donde el primer día tropiezan sus ojos con un adolescente que a partir de ese momento pasa a ocupar todos sus pensamientos. Se trata de un guapo muchacho polaco de unos trece años al que acompañan su madre, tres hermanas y una institutriz.

A lo largo de la novela Aschenbach no llega casi a dirigirle la palabra, ni siquiera averigua con exactitud su verdadero nombre, que es algo así como Tatzio, o Tadzio. Sin embargo, la obsesión se vuelve tan patente que visita la playa con frecuencia, lo sigue en góndola por los canales de Venecia y su existencia entera gira en torno de él. Aschenbach llega al ridículo de tefirse el cabello y maquillarse la cara para parecerle más joven y atractivo.

Una epidemia de peste se declara en Venecia y aunque el escritor es un hipocondriaco que siempre temió a las enfermedades, decide arrastrarla fascinado por su ídolo imposible, muriendo en la playa, mientras la familia polaca abandona el país.

Esta bellísima novela de Thomas Mann nos presenta un caso de pedofilia no culminada. Las personas que sufren esta aberración —generalmente hombres adultos— tratan casi siempre de ejecutar el acto sexual con menores. A veces logran el contacto anal o el orgasmo oral, pero también buscan la manipulación de tipo masturbatorio. Muchas gentes que sufren de pedofilia llegan hasta a utilizar la fuerza para someter a sus víctimas.

La mayoría de estas personas están afligidas por angustia en relación con su potencia sexual. Al igual que los violadores, ellos no son hipersexuales, sino que sus impulsos se han distorsionado en cuanto a la dirección que debieron tomar, porque en el fondo padecen de sentimientos de inferioridad y un objeto erótico adulto representa un desafío inalcanzable. La búsqueda de alguien que se encuentre antes de la pubertad previene el que la deficiencia se haga obvia. Sería algo así como que el objeto infantil los salva del desequilibrio mental.

Los que sufren de pedofilia podrían clasificarse en dos grandes grupos, con leves diferencias psicológicas: los que oscilan entre los treinta y cuarenta años, que frecuentemente se sienten rechazados por las mujeres. Muchos son personalidades tímidas o esquizoides que viven una vida solitaria y aislada. El contacto con niños satisface sus necesidades sexuales sin el riesgo de enfrentarse con una verdadera mujer y mostrar su impotencia. Es común que hasta hayan conocido a sus víctimas antes de atacarla sexualmente.

El grupo de personas que padecen de pedofilia y que sobrepasa la edad de cincuenta años está formado por casos límite o psicóticos con fuertes tendencias homosexuales. El lugar de aceptar su inversión y vivir en ella seducen a menores. La inmensa mayoría son impotentes y tratan artificialmente de cubrir la realidad, pero aún enfrentándose a los niños tiene dificultades para mantener la erección. Algunos hasta están casados pero llevan muchos años sin verificar el coito con la esposa. No es raro que actúen con los niños durante episodios de ebriedad en que sus mecanismos defensivos dejan salir los verdaderos impulsos.

La pedofilia debe considerarse como una de las mayores perversiones, dado que quien la practica ocasiona experiencias traumáticas en niños. Desafortunadamente en México no se reportan los casos y como la mayoría de las autoridades son corruptas, aquellos que deberían ser condenados, si tienen influencia o recursos económicos, salen absueltos.